

El jardín del paraíso

GUSTAVO MARTÍN GARZO
Escritor

RESUMEN

Con frecuencia las autoridades académicas hablan de la importancia que, para los estudiantes, posee la lectura y de la necesidad de su aprendizaje en la enseñanza primaria, con carácter obligatorio en nuestra sociedad. Sin embargo, leer no es sólo descifrar una serie de signos gráficos, sino prestar atención a esa vida escondida que late en las obras literarias, lo que posibilita pensar en otra forma de existencia distinta de la cotidiana, reconocer emociones y sentimientos y, en definitiva, ampliar el conocimiento. Es lo que se intenta mostrar en este trabajo a través de una serie de textos, entre los que se halla el cuento de Andersen al que se refiere el título.

Palabras clave: Etnoliteratura, Cuentos, Andersen.

SUMMARY

Academic authorities often talk about the importance that students read and about the need of making reading a primary-school requirement. Reading, however, involves not only decoding a series of graphic signs but also paying attention to the life that lies hidden in literary works, which allows us to consider a way of living different from our own, identify emotions and feelings and, ultimately, widen our knowledge. Such is what this study aims at through a number of texts, e. g. the tale by Andersen referred to in the title.

Key words: Ethnoliterature, Tales, Andersen.

Todos estamos de acuerdo en que los niños lean, pero no sé si lo estamos tanto en cuándo deben empezar a hacerlo ni, sobre todo, por qué razón. Una de las grandes conquistas de nuestro tiempo ha sido sin duda la generalización de la enseñanza primaria. Gracias a ella todos los niños, no importa su raza, sexo, o el estamento social a que pertenezcan, tienen la posibilidad de acceder a ese gran caudal de conocimientos y de experiencias que es la cultura de los pueblos. Es una tarea apenas recién iniciada. La enseñanza obligatoria ha sido un gran avance pero aún

RDTP, LX, 1 (2005): 59-72

estamos lejos de haber resuelto con ella ese gran reto a que nos enfrentamos como padres y educadores, la transformación de nuestros niños en personas libres, responsables de sus acciones y de sus proyectos. No hay duda de que la lectura es indisociable de este proyecto de honda raigambre ética. Insistimos tanto en que los niños deben leer porque creemos sinceramente que leer es una de las vías más directas a ese alimento que, como el maná bíblico, puede hacernos más capaces y libres.

Es obvio, sin embargo, que leer no es simplemente aprender a deletrear, a descifrar los distintos signos gráficos que componen las páginas de las cartillas y los textos escolares, ni siquiera los anuncios que adornan nuestras calles. Leer es entender lo que se dice, escuchar lo que las palabras guardan, y lo que pueden guardar son muchas cosas distintas (desde una información concreta —un nombre, un encargo—, hasta ese balbuceo inasible del lenguaje de los místicos y de los amantes). Hay, por eso, muchos tipos de lectura. Podemos leer con un fin pragmático, adquirir ciertos conocimientos, enterarnos de ciertos hechos; o con la determinación febril con que esos personajes inolvidables que fueron Alonso Quijano y madame Bovary trataron de encontrar en los libros el acceso a una vida más plena y fecunda. Por eso dije antes, siguiendo a Fernando Savater, que la lectura tiene una honda raigambre ética. Es decir, si decimos que los niños deben leer es porque pensamos que es bueno para ellos, para su propio bienestar. Que puedan lograr a través de su contacto con los libros una mayor felicidad, unida a un mayor conocimiento. La lectura tiene que ver con el deber ser, con el anhelo de una vida en que lo prodigioso y lo sorprendente coexistan con lo banal y lo cotidiano. Leer es así, para los niños, como cruzar ese Arco de los Leales Amadores descrito en el *Amadís de Gaula*, y alcanzar a través de él una realidad más verdadera que la que les rodea, donde puedan sentirse seres humanos completos, capaces de decidir y elegir por su cuenta. Es la promesa que contienen todos los cuentos, la de una autorrealización personal. Diversos estudios han demostrado su papel esencial en la formación del niño. Le informan de sus anhelos, de sus temores, pero también le dicen que una serie de sentimientos negativos (el odio, la rivalidad, la furia) no son sólo privativos de él, y que tal vez no podamos elegir lo que nos pasa, pero sí aprender a reaccionar ante ello de una forma o de otra.

Por eso y aunque antes he dicho que hay muchos tipos de lecturas, creo que la verdadera es sólo aquella en que no perseguimos un fin definido, sino más bien exponernos, abrimos a ese otro que somos más allá de las determinaciones y los imperativos sociales. El niño quiere aprender, y necesita historias que le cuenten lo que es el mundo y lo que pasa en su interior, pero, sobre todo, que le hablen de lo prodigio-

so, porque la verdadera vida es siempre indisociable de la espera y la realización del prodigio.

Los hermanos Giorgio y Nicola Pressburger escribieron un precioso libro que se llama *El elefante verde*. Un comerciante judío tiene un sueño en que ve a un elefante verde en el patio de su casa. Acude al rabino para que se lo interprete, y éste le dice que ese sueño significa que en su vida tendrá lugar un prodigio. El hombre espera interminablemente, pero su vida transcurre con los problemas y las dificultades de siempre, y el añorado prodigio no termina de producirse. Por fin, y en su lecho de muerte, llega a una conclusión, ese prodigio no sucederá en su vida sino en la de su hijo. Le manda llamar y le cuenta el secreto que ha marcado su vida, diciéndole que ahora es él quien debe esperar a que esa promesa se cumpla. Y así lo hace, aunque con el mismo éxito que su padre, pues también él esperará un año tras otro en medio de las mayores calamidades, y también él cuando ya sea un anciano tendrá la convicción de que serán sus hijos gemelos los que en sus propias vidas verán realizarse al fin el anhelado prodigio. La novela termina con esta tercera generación, y a esas alturas ya hemos descubierto que la pregunta acerca del sentido de ese sueño no nos preocupa. Y no lo hace por una sencilla razón, porque algo nos dice que el prodigio ya se ha cumplido, que tiene que ver con el hecho mismo de que ese sueño haya llegado a existir, y que haya podido transmitirse de unos a otros. Ese es el mensaje de los cuentos. La vida que vivimos todos los días no es la verdadera vida, y la misión de los cuentos es hablar de esa realidad oculta, de ese elefante verde, que antes o después terminará por revelarnos su verdadero secreto; también decimos que ninguna vida puede bastarse a sí misma y que cada uno de nosotros necesita de la compañía y la proximidad de los demás para alcanzar una vida de plenitud. Tal vez por eso los verdaderos cuentos no tienen moraleja, o si la tienen no debe importarnos demasiado. Porque por encima de la utilidad concreta de los cuentos, de la ayuda que puedan proporcionar a los niños en alguno de sus problemas, lo que importa es haber llegado a transmitirles, al contárselos, el sentimiento de que la vida es más amplia que lo que nuestras razones y conveniencias creen, y que la misión de la literatura es devolvernos esas posibilidades incumplidas. También ese sentimiento de rebeldía, el de negarnos a aceptar el mundo tal y como es.

Andersen escribió un cuento titulado *El jardín del paraíso*, en que habla de esa rebeldía. Este es su primer párrafo:

Érase un príncipe que tenía más y más bellos libros que nadie: todo cuanto ha ocurrido en este mundo podía leerlo en ellos y verlo representado en espléndi-

das láminas. Podía informarse sobre todas las gentes y sobre todos los países, pero ni una palabra había en ellas acerca de dónde se encontraba el jardín del paraíso y esto era precisamente lo que más le interesaba saber.

La búsqueda de esas palabras, las que hablan del primer jardín es la búsqueda principal de los cuentos, que no perseguirán la expresión de lo que ya se conoce, ni de lo que puede expresarse, sino de esa realidad invisible y desconocida; el instante en que accedemos a ese estado de gracia, anterior y posterior a toda cultura, que es el estado poético. Elías Canetti dijo que el poeta es el guardián de las metamorfosis, y se escuchan cuentos tratando de sorprender ese instante de conversión que siempre tiene que ver con lo paradisiaco. Hoy día los medios de comunicación magnifican la lectura, y las instituciones promueven un sin fin de actos con los que se trata supuestamente de inducir a la gente a leer. No creo en ellos. Se ha hecho del mundo del libro una feria de las vanidades, y no hay poderoso que no alardee públicamente de sus lecturas. La lectura se ha transformado en un mero ornamento, un signo de distinción, el de la pertenencia a esa nueva clase que es la clase de los nuevos ilustrados. Es, una vez más, la visión burguesa de la cultura, que ve en ella una propiedad más sutil que las otras, un vehículo para dejar constancia ante el resto de los mortales de su supuesta excelencia. Pero los verdaderos amantes de los cuentos no buscan esto, sino, como el príncipe del cuento de Andersen, esas palabras acerca de lo que nadie sabe y que constituye su más íntimo anhelo. Leer por eso llena la cabeza de pájaros, hace que nos marchemos por las ramas. Tiene que ver con lo inconfesable y su campo no es nunca el campo de la cultura, que es siempre decorativa y externa, sino el de la imaginación.

Pensemos, por ejemplo, en los cuentos para niños de Isaac Bashevis Singer. Uno de los temas que más se reiteran en ellos es el de la relación del hombre con el animal. Una relación en la que el animal es visto con una mirada fraterna y compasiva, como una criatura también sujeta a ese destino de necesidades y sufrimientos que son propios de todo existir. Sin embargo, y frente a la concepción, tan frecuente en el folklore, del animal como mediador, un guía que señala el camino a seguir, y revela los medios para recorrerlo, en los cuentos de Singer predomina una visión igualitaria que hace del animal un compañero, y hasta —llegado el caso— un interlocutor. Es cierto que investido de unas cualidades especiales, dado que aún se conserva en ellos algo de esa condición originaria que les permitía anunciar acontecimientos o revelar filiaciones imprevisibles (en uno de los cuentos de Singer un ciervo anuncia al llegar a una casa que su dueña concebirá un niño en esos días, y en otro un

cerdito regresa después de muerto para consolar a su amiga); pero nunca en mayor medida en que alguna de esas cualidades inaugurales puedan darse en una criatura humana y real.

Porque es también el mito de la búsqueda del jardín del paraíso, el mito básico sobre el que Singer construye toda su obra, una obra que habla de la vida en el éxodo, y del afán del hombre por alcanzar un destino en la tierra que esté a la altura de esa memoria perdida. Los animales le acompañan en esta diáspora, y son víctimas también de padecimientos, presas del mismo sinsentido; pero también participantes activos en esa búsqueda, la de la verdadera identidad.

Pero detengámonos en uno de estos cuentos inolvidables: *Zatle, la cabra*. Zatle ya es vieja y sus dueños le encargan a uno de sus hijos que la lleve a la ciudad para vendérsela al carnicero. El niño ama a esa cabra, que le ha acompañado desde su nacimiento, pero entiende a la vez que sus padres están cargados de razones al pedirle ese sacrificio, y se pone en camino llorando. Poco después se declara un temporal. Nieva hasta cubrir los campos y los caminos, y los dos se pierden. Están a punto de morir de frío cuando descubren un pequeño túmulo. Es un montón de paja, y abriéndose paso en la nieve hacen un hueco para refugiarse en su interior. Allí pasan tres días. La cabra se alimenta de las paredes y el techo de la cabaña, y el niño lo hace de su leche. Durante ese tiempo habla con ella como si le pudiera entender. Finalmente se calma la tempestad, y salen sanos y salvos. Regresan al pueblo, donde sus padres, que les creían muertos, les reciben alborozados. Y, como es lógico, ya nadie piensa en vender la cabra, que pasa a ser un miembro más de la familia y permanece plácidamente en la casa hasta el final de sus días.

La imagen del niño y de la cabra andando por los caminos es la imagen del éxodo. No tienen a dónde ir, peregrinos del reino de la necesidad deben representar hasta su término el oscuro ritual de la supervivencia. Pero también (y este es el mensaje de todos los cuentos verdaderos) en el éxodo, en ese deambular sin destino, cabe la maravilla, esa posibilidad de prodigios que es siempre la marca de la creación. En los cuentos de los niños siempre se ha mantenido la idea del mundo como creación, y el sentimiento asociado a esa idea de una naturaleza escondida más allá de lo visible. Como si el paraíso no hubiera sido separado del mundo, sino que subsistiera en él, sólo que como reino interior, escondido, al que únicamente en circunstancias especiales («no todos los días suceden milagros» está escrito en la Genará) pudiera accederse. Estos accesos, estas entradas secretas, son uno de los lugares centrales de los cuentos. Son «las ínsulas extrañas», a que se refirió San Juan. El acceso es súbito, inesperado, y una vez que se lleva a efecto todo cambia

para siempre para quien lo realiza. Una de esas «ínsulas» es el montón de paja del cuento de Singer. En ellas todo es posible: alimentarse de cualquier cosa, el diálogo entre los animales y los niños, burlar a la muerte.

Estas ínsulas existen. Los amantes las encuentran, también los pájaros, que construyen en ellas sus nidos, o los escritores cuando llegan a escribir con palabras verdaderas. Son el lugar de la propagación, y el acceso a ellas va unido a la experiencia de la fertilidad. Todos los que las visitan lo saben, y es el riesgo que inevitablemente deben correr (el riesgo, porque lo difícil es lograr que lo allí concebido pueda encontrar a la vuelta acomodo en este reino de la necesidad y el desdén). Para eso existen los cuentos. En los cuentos se guarda la memoria de ese acceso, y de lo allí revelado, y es escuchándolos una y otra vez cómo el hombre aprende a hacerse cargo de esa herencia tan dulce como terrible (terrible porque esa revelación sólo puede referirse a la belleza del mundo, y la belleza es siempre una cualidad de lo que tiene que morir).

Singer escribía mientras un número indeterminado de periquitos sobrevolaba libremente su mesa y sus hombros, y no era infrecuente verle en los parques rodeado de palomas, a las que iba a alimentar cada día. Era, además, vegetariano, llevado por la profunda convicción de que matar a un animal (aun con la intención de ir a alimentarse con su carne) es un crimen injustificable, un acto de traición, cuando no de desdén, hacia ese antiguo estado natural en que unos y otros (hombres y animales) no vivían en una situación de subordinación sino de dependencia y reconocimiento mutuo. Hay en todos sus libros un mensaje inequívoco: es necesaria una mirada interior. Nada es lo que parece, y más allá de lo que vemos cada día, de lo puramente fáctico, existe una realidad oculta de la que apenas sabemos nada, pero hacia la que debemos encaminarnos. No sólo eso, sino que son casi siempre los más débiles los que guardan el acceso que nos lleva hasta ella. Esa ética de la inversión tiene en Singer una clara raigambre judía. El ángel de las buenas nuevas nunca aparece en los relatos judíos en su forma de ángel; y el Mesías, según el Talmud, habría de aparecer montado en un borrico, y vestido de harapos.

Algo de esto también sucedía en una película que vi hace tiempo por televisión. Una maestra va a un pueblo remoto donde vive una pequeña comunidad. Empieza a dar clase. Los niños parecen tristes, somnolientos, como si no se interesaran por nada. Es más, son increíblemente torpes. Apenas entienden las lecciones, escriben y leen con dificultad, caminan arrastrando los pies por el suelo, y cualquier ruido les sobresalta. Por momentos, sin embargo, dan muestras de una agudeza sorprendente, que desmiente la posibilidad de un déficit endémico. La muchacha empieza a espíarlos, y esos momentos incomparables aumentan ante sus ojos atóni-

tos. Un día va con ellos de excursión. Fuerza una situación de inesperado riesgo, y los niños se excitan. Olvidan sus cuidados y se transforman de pronto en seres de una agilidad sorprendente. Su júbilo es desbordante, y la maestra comprueba que no sólo no es cierto que no puedan correr, sino que son capaces de movimientos y saltos portentosos, que incluso les permiten transgredir la ley de la gravedad y permanecer suspendidos en el aire. A partir de ese descubrimiento todo cambia. La escuela se transforma en una reunión de magos. Los objetos van solos por el aire, los pensamientos pasan de unos a otros con la velocidad de los pájaros. La maestra descubre que se trata de un pueblo excepcional. Y alguien le revela su verdadera historia. Han tenido que desplazarse a ese mundo, pero en realidad pertenecen a otro. Un planeta que circunstancias adversas les han hecho abandonar, tal vez para siempre. Están aquí sólo accidentalmente, y su única aspiración es pasar desapercibidos al objeto de no llamar la atención sobre su colonia, ni suscitar la agresividad o el rechazo de los habitantes de la tierra.

Todos, en cierta forma, somos parte de ese pueblo de desplazados. Todos tenemos ese cuerpo perdido, ese cuerpo armonioso y rotundo, dueño de facultades desconocidas, y tal vez terribles, dentro de nosotros, y todos, salvo en muy contadas ocasiones, nos vemos obligados a ocultarlo. El amor es una de las ocasiones en que se revela. El cuerpo del amor es comparable a ese cuerpo tan esperado como temido, ¿pues quién sabe lo que será capaz de pedirnos?, y tal vez el problema esencial de la vida del hombre es ser capaz de hacer compatible sus apetencias con las de su racionalidad. Creo que es esa la tarea esencial de la literatura, hablar de esa otra naturaleza, de ese cuerpo perdido. Revelarlo y, a la vez, ganarlo para el mundo.

Creo por eso que una de las primeras tareas del escritor, tanto en éste, como en cualquier otro momento de la historia, es desconfiar. Que aprenda a mirar a los otros como si guardaran un secreto, o como si fueran portadores de una historia desconocida que tiene que descubrir. Que lo haga con la certeza de que basta un poco de atención, persistir en esa actitud de sospecha, para que antes o después, como los niños de nuestro pueblo de alienígenas, los demás se traicionen y revelen en alguno de sus gestos, o en alguna de sus palabras, esa otra naturaleza que ocultan. Lo literario, lo poético, es ese instante. Y siempre implica una sorpresa, y un temor, por las consecuencias que pueden derivarse de esa revelación.

Porque no sólo los libros, sino la vida de todos los días, la de cada uno de nosotros, está llena de instantes como éstos. Fijémonos por un momento en las páginas de un periódico. En su sección de sucesos, por

ejemplo. Basta con leer con un poco de cuidado estas noticias para que veamos aparecer en ellas con frecuencia ese corte, ese instante de incandescencia, comparable, como querían los maestros del zen, a una flor que se abriera súbitamente. Recuerdo ahora una de ellas. Una chica aparece muerta junto a un portal. La noticia relata escuetamente los hechos, el hallazgo del cadáver, las posibles causas de su muerte, y una fría descripción física, semejante a la que podría haber hecho un forense. Pero añade un detalle perturbador. La cabeza de la muchacha descansa sobre un pequeño almohadón de seda. O dicho de otra forma, su asesino ha tenido antes de abandonarla ese gesto último de incomprensible delicadeza, la de impedir que su cabeza repose sobre el frío cemento del suelo. Estamos en el reino de la literatura. Los practicantes del zen llaman *satori* a esa intuición instantánea, que equivale a lo que se siente al percibir de golpe la respuesta a una adivinanza, la gracia de un chiste o la solución de un problema. Un instante de profunda comunicación con lo que sucede. No tanto de conocimiento como de desamparo y hondo embeleso, que sólo puede alcanzarse bordeando el disparate más absoluto, o, dicho en otras palabras, en el desafío de nuestra lógica (como implica un desafío que el que acaba de matar brutalmente a una muchacha se preocupe de hacer que su cabeza descansa sobre un almohadón de plumas).

Hemingway apenas necesitó tres líneas para resumir de una forma luminosa lo que acabo de decir. Pertenecen a una de sus novelas menos conocidas, *Al otro lado del río y entre los árboles*, en la que narra los amores de un casi anciano coronel, sin duda trasunto de sí mismo, y una muchacha. La pareja está en la habitación del hotel, y en ese instante ella, sin vanidad ni coquetería, vuelve la cabeza y se queda mirando a su amante. Y Hemingway, poniéndose en el lugar de este amante, escribe:

Sintió que el corazón le daba un vuelco, como si algún animal dormido se hubiera revuelto en su madriguera, espantando deliciosamente a otro animal, dormido junto a él.

El corazón es comparado a un animal en su madriguera. La imagen ya nos parecería satisfactoria, pero Hemingway va aún más lejos y, en las que son para mí las líneas más perfectas de su arte, da una vuelta de tuerca más. Ese animal que es nuestro corazón, nos dice, despierta a otro al agitarse que, inmediatamente, se interna, delicioso e ignorado en la oscuridad. Pues bien, la literatura tiene ver con ese segundo animal que despierta. El primero es el campo, tan vasto, del deseo indolente, del interés diverso, moviliza un querer a medias, un deseo a medias: el segundo viene a buscarme, pinchazo, agujerito, pequeño corte, que me sale al

paso. No existe literatura sin ese punzamiento, sin ese desafío de todo cuanto creímos saber. Ni existe, por tanto, otra posibilidad de iniciar a alguien en ella que situarle ante esa insuficiencia de su propia lógica.

Tal vez por eso no conozco otra forma de hablar de literatura que la de llamar la atención sobre ese segundo animal. Ni otra recomendación posible para el que quiera acercarse a ella que la de que busque ese corazón escondido, ese almohadón de plumas. Es decir, un suplemento, algo que se añade a la historia y que, sin embargo, está en la historia. Un punto de dislocamiento, de desacomodación. Edith Wharton, en uno de sus relatos de fantasmas, lo nombra de esta manera:

La casa era demasiado vieja, demasiado misteriosa y estaba demasiado inmersa en su propio pasado secreto, para que su pobre y pequeño presente se acomodase a ella sin dificultades.

La literatura, en definitiva, nos enseña a hablar de eso que se encuentra al otro lado de la puerta, algo que no puede explicarse, que no puede asociarse con las cosas comunes.

Italo Calvino nos recuerda en uno de sus libros una de estas historias tan viejas como el mundo, tan misteriosas como la vida. Es una vieja leyenda que, como todas las historias que de verdad importan, habla de la posibilidad del prodigio. Tiene por protagonista al emperador Carlomagno, y en ella se nos cuenta cómo, siendo casi un anciano, se enamora de una muchacha alemana. Es una pasión incontenible, que le hace desinteresarse de los asuntos de su gobierno, llevándole a vivir tan sólo para su dicha. Pero, cuando más alarmada está su corte, la muchacha muere víctima de una enfermedad fulminante. Todos respiran con alivio, pensando que ese hecho devolverá la razón a su emperador, obligándole a ocuparse de nuevo de sus responsabilidades. Pero nada de esto sucede. Carlomagno no sólo se resiste a dar por concluida la historia de su pasión, sino que se niega a enterrar el cuerpo de la muchacha, con el que se encierra en las habitaciones de su palacio. Pasan los días, las semanas, y nada da a entender que su locura vaya a conocer fin. El emperador ya ni siquiera abandona su palacio, en el que reina un incomparable silencio. Alarmados por estos hechos antinaturales los consejeros piden al arzobispo Turpín que intervenga. Éste aprovecha una breve ausencia de su señor para entrar a escondidas en sus aposentos. La muchacha está muerta pero su cuerpo resplandece en el lecho con el brillo rotundo de la vida. Examina ese cuerpo y bajo su lengua encuentra un anillo mágico. Enseguida lo comprende todo. Es ese anillo el que la hace vivir, haciendo posible que sus encuentros amorosos con el emperador sigan teniendo lugar más allá de la muerte. Arranca el anillo de

su boca y el emperador pierde al instante su interés por la muchacha, a la que por fin pueden dar sepultura. Pero cuando el hechizo parece vencido el arzobispo vuelve a comprobar el inmenso poder del anillo, que ahora consigue que el emperador le transforme a él mismo en el centro de su solicitud amorosa. Es un espectáculo sorprendente. El emperador siguiendo embelesado al arzobispo por los corredores de su palacio, buscando su compañía a todas las horas del día, como si sólo su proximidad pudiera calmar sus inconfesables anhelos. Asustado por esta pasión ilícita, y consciente del poder maléfico del anillo, el arzobispo decide desprenderse de él. Escapa del palacio y lo arroja a escondidas al lago Constanza. Todo parece resuelto, hasta que un día el emperador pasea junto a ese lago y se queda fijo en la contemplación de sus aguas. Se ha enamorado ahora del lago, y ya hasta el final de sus días sólo vivirá para visitarlo en secreto y permanecer en su orilla, abstraído en una interminable contemplación.

Nadie que haya escuchado esta historia puede dejar de preguntarse por el significado del anillo maravilloso. Devuelve la vida a una muchacha que acaba de morir, transforma a un arzobispo en objeto de una pasión tan prohibida como incomprensible y, finalmente, hace que el lago a que ha sido arrojado se transforme en el más deseable de los reinos. Su poder es dar vida, pero también relacionar realidades opuestas, revelando esa filiación oculta que nos emparenta no sólo con los otros seres de nuestra especie, sino con las rocas y los minerales, los ríos y los peces que recorren sus aguas. Todos los mitos están llenos de historias así. Historias que revelan que el hombre no está solo, que forma parte de la creación, y que su naturaleza no es distinta, por tanto, a las de los animales, los árboles o las fuentes. La mitología griega abundaba en estos tránsitos inesperados entre los mundos. Animales que traspasaban ese límite de su mudez e irrumpían gloriosos y adorables en el mundo de los hombres, pero también seres humanos que se transformaban en plantas, fuentes silenciosas, o fenómenos atmosféricos. El anillo de nuestra historia simboliza la fuerza que mantiene abierta esa posibilidad.

No es difícil saber por qué. Los amantes se intercambian anillos, para significar lo decisivo de su unión, y su convencimiento de que, como en la historia de Carlomagno, su amor será capaz incluso de vencer el imperio de la muerte. Su misma forma lo avala. Los anillos son redondos, y esa forma —el círculo— es la forma básica de la vida. Los indios americanos, cuando empezaron a ser conducidos a las reservas, lamentaban tener que vivir en casas cuadradas, convencidos de que esa forma les separaba de las fuerzas de la vida, y que perdían por ello parte de su poder. Sus tiendas, el aro mágico de sus ceremonias, de sus danzas rituales, debían

seguir el trazado del círculo, pues sólo ese trazado guarda la esencia del universo. Los planetas son circulares, como lo son sus desplazamientos en el espacio dilatado, y los giros de las partículas más elementales. También las semillas, las células, los capullos que tejen los gusanos, las telas de las arañas, el corro de los danzarines y los niños, hasta la música de las poetas, serían inconcebibles sin esa redondez de la forma.

Pero esa tensión germinadora, esa fuerza que une las cosas, que se enfrenta a la dispersión infinita de la vida, qué es sino la fuerza de la imaginación. El anillo, en suma, es un símbolo de la imaginación, porque es gracias a ella, como ha escrito Octavio Paz, por lo que logramos abrirnos a «esa vida que nuestros sentidos no siempre alcanzan a definir ni nuestra razón a comprender». No es cierto por eso que mientras leemos no estemos viviendo. Leer es una forma de atención, tal vez la más alta, a esa vida escondida que no deja de renovarse. Todos los que leen lo saben. Gracias a los libros han concebido pasiones absolutas por caballos, elefantes, airosas muchachas, jeques árabes, corsarios, lores ingleses. Han bajado al centro de la tierra, perseguido el rumbo de los galeones, han sido transportados con otras criaturas dolientes al mercado de los esclavos, y se han enamorado de montañas y de lagos no menos esplendorosos que el lago de la historia que Italo Calvino nos recuerda.

Leer es recibir ese anillo. Descubrirlo en los lugares más inesperados y prolongar por él la larga cadena de la vida, una cadena en la que todo cabe, porque la vida no sería nada sin la posibilidad del prodigio. No es difícil entender a qué quiero referirme cuando hablo de lo prodigioso. A que el mundo tal vez no sea un lugar justo, pero que hasta en los instantes en que mayor es el dolor nos basta con extender las manos para alcanzar una brizna de su belleza inagotable. El anillo, que es el símbolo de la imaginación, pone en nuestras manos esa belleza. Tal vez no nos promete la felicidad, pero sí nos enseña que la vida es un don demasiado precioso, y que basta con que aprendamos a hacernos dignos de recibirlo para hacer de ella el reino de la infinita posibilidad.

¿Pero ese reino de la infinita posibilidad, que simboliza el anillo, no se confunde con el jardín añorado por el príncipe del cuento de Andersen? Aún más ¿no es acaso la búsqueda esencial de todos los personajes de sus cuentos? Veamos, uno de los más famosos, *Los cisnes salvajes*. Un rey tenía once hijos y una hija. Todos eran felices hasta que un buen día el rey decide volver a casarse. Lo hace con una mujer ambiciosa y ruin, que sólo vive para quitarse de encima a sus hijastros. Tiene poderes maléficos y les transforma en cisnes. Sólo se salva la niña, que en esos momentos no está en el palacio, pero a la que luego se arregla para expulsar también del país. La niña vaga desesperada por bosques y parajes som-

bríos hasta que un día recibe la ayuda de un hada, que le revela el destino que han seguido sus hermanos. También lo que tiene que hacer si desea liberarlos de la maldición. Tejer para cada uno de ellos una camisa de ortigas, y permanecer muda durante todo el largo tiempo que emplee en realizar su tarea. El cuento se complica con sucesos diversos y la princesa termina de nuevo en las cárceles de la cruel reina, acusada de crímenes terribles de los que no puede defenderse para no faltar a su promesa de permanecer muda. Ya la van a llevar a la horca, cuando se presentan los cisnes. Y entonces se obra el milagro. Durante todo ese tiempo la princesa no ha dejado de tejer aquellas camisas y los príncipes pueden recuperar al ponérselas su antigua forma humana revelando a todos la verdad. Pero el cuento tiene un detalle perturbador, a la última camisa le falta por tejer una manga, de forma que en el más pequeño de los príncipes la conversión no es completa y se ve condenado a tener ya para siempre, en vez de brazo, un ala de cisne.

No es difícil ver en ese brazo la condición del artista. Una condición extraña, terrible y hermosa a la vez. Que habla de otro cuerpo, de facultades impredecibles y remotas, pero que por pertenecer a una configuración corporal diferente a la suya los hombres sólo pueden asumir como trastorno. O dicho de otra forma, esa conversión incompleta, que hace que el último de los príncipes tenga que cargar para siempre con un ala de cisne, lejos de ser una condición venturosa es una desgracia.

Estamos mentando dos de los temas centrales en todos los cuentos que existen: el del extraño, el diferente, el artista como patito feo, pero cuya diferencia oculta un secreto, algo que los demás no tienen; y el tema de la debilidad como el único valor verdadero y la esperanza para la vida. La debilidad humana entendida como contrapartida a la expansión exterior de la persona, al comportamiento agresivo frente a otras criaturas y frente al mundo, al deseo de someter a los demás. Gran parte de los cuentos que conocemos están llenos de seres así, incapaces de adaptarse a la realidad pragmática. Seres que, incluso cuando traspasan el comportamiento normal, permitido, no están haciendo otra cosa que cumplir obedientes la misión de su corazón. Es decir, que no son dueños, sino tan sólo servidores de su destino. ¿Cuál es ese destino? El dictado por esa conversión incompleta, por la presencia de esa ala, a la vez venturosa y fatal. Un destino de enfermedad y clarividencia.

Juan Ramón definió la poesía como lo que no podemos tener de la vida, y el ala simboliza esa imposibilidad. El que aspira a reconocerse en ella se expone a riesgos imprevisibles. Debe ponerse en juego en una tarea que, como la de tejer camisas de ortigas, exige unas condiciones muy precisas para cumplirse. En el caso de la princesa de nuestro cuen-

to, enmudecer, perder el uso de la palabra; en el caso del poeta, la materia de cuyo tejido son las palabras, que su lenguaje se llene de ortigas. No es difícil saber lo que significan las ortigas, la dificultad, el daño. No se puede hablar sin dificultad, sin estar dañado o dañarse al hacerlo. Gran parte de la poesía moderna surge de una dificultad expresiva semejante. El ala del cisne es un ala huesuda e inútil, y su presencia en el cuerpo del hombre una fatal anomalía que indica no tanto lo que hemos logrado sino la imposibilidad de alcanzar ese cuerpo completo, ese lenguaje perfecto, que contendría en su interior las formas secretas de ese primer jardín. El balbuceo señala la presencia de ese miembro supernumerario, su torpeza para adaptarse a nuestra condición humana, la presencia de esa otra naturaleza y la dificultad de ganarla para el mundo. Está, por lo tanto, en el origen de la poesía, que es siempre ese más de lo necesario, ese excedente de la cosa sobre su finalidad.

Hay un cuento italiano muy hermoso, en que se narra la historia de una reina que deseosa de tener un hijo exclama un buen día «¿por qué no puedo tener hijos como el manzano da manzanas?», y entonces sucede que la reina en vez de tener una niña tiene una manzana. Una manzana a la que, por supuesto, no duda en reconocer como su propia hija y a la que rodea de delicados cuidados desde su nacimiento. Hay en última instancia en la obra de Andersen, de Singer, de Italo Calvino, y de todos los autores que hemos ido citando, un pensamiento semejante al de esa reina, un pensamiento que no nace para oponerse a lo extraño, a ese fondo de indeterminación y sorpresa —terrorífica o jubilosa— que constituye la razón misma del corazón del hombre (como hará en el mismo cuento la reina rival que apuñala brutalmente a la manzana porque no acierta a desvelar su misterio), sino un pensamiento nacido para rodear de cuidados a ese centro irreductible, a esa manzana, quién sabe si venenosa o no, que ningún protagonista de cuento alguno ha rechazado jamás.

Esta idea —lo mágico como expresión en nuestro cuerpo de aquello que sólo existe en lo más hondo de nuestra alma— es el centro secreto de todos los cuentos que existen. Recuerdo haber leído una entrevista con Ana María Matute, en que ésta contaba cómo una vez, siendo niña, le sucedió algo sorprendente. Su madre la había castigado a permanecer encerrada y ella sacó de su bolsillo un terrón de azúcar, lo partió en dos, y vio surgir en la oscuridad una llamita azul. «Ese día —dijo Ana María Matute— fue trascendental en mi vida, ese día fue cuando yo empecé a ser escritora. Había descubierto la magia, había descubierto que hay otra luz, otras presencias, otra vida al margen de la vida corriente de cada día». Encerrada en aquel cuarto se sentía al fin distinta. Alguien que

no se dispersaba en acciones inútiles, que acababa de descubrir una verdad esencial: que hay un poder, tal vez el más íntimo y decisivo, que sólo puede adquirirse, como hizo la princesa del cuento de Andersen, tejiendo camisas de ortigas y permaneciendo en silencio.